

**HISTORIA DE LAS EXPERIENCIAS MISIONERAS DE LAS  
DIÓCESIS DE CORPUS CHRISTI Y DE AUSTIN, TEXAS EN  
ARTEAGA y COAHUILA, MÉXICO (1973-2001)**

HISTORY OF THE MISSIONARY EXPERIENCES OF CORPUS CHRIS-  
TI AND AUSTIN, TEXAS CATHOLIC DIOCESIS IN ARTEAGA AND  
COAHUILA, MÉXICO (1973- 2001)

**José Aparecido Gomes Moreira<sup>1</sup>**

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso., Chile

ORCID: 0000-0002-4036-1594

Recibido: 09.03.2021

Aceptado: 08.10.2021

<http://dx.doi.org/10.21703/2735-6345.2021.23.01.004>

**Resumen**

El artículo es un breve relato histórico de las experiencias misioneras de dos diócesis texanas, Corpus Christi y Austin, entre los años de 1973 y 2001 acompañado de una reflexión teológico-pastoral a la luz de los documentos de Medellín (1968) y Puebla (1979). Esas experiencias fueron realizadas en el contexto de la historia posconciliar de la colaboración entre las iglesias de Norte América y América Latina en América Latina en respuesta al llamado del papa Juan XXIII. Durante la década que va de la clausura del Concilio Vaticano II (1965) hasta la primera mitad de los años 1970s, fue notable el crecimiento del número de personal misionero europeo y norteamericano en América Latina y el Caribe. La realidad socio-política y religiosa del continente latinoamericano desde la revolución cubana, de los movimientos para el socialismo y de lucha por los derechos humanos y contra los gobiernos militares y autocráticos,

<sup>1</sup> Bachiller en Teología por la Facultad de Teología Nossa Senhora da Assunção, PUC-São Paulo y Estudios de posgrado en Historia del Cristianismo en América Latina en esa misma Facultad; Maestro en Historia y Etnohistoria por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en la Cd. de México. Es miembro de CEHILA (Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en América Latina) y de AMERINDIA ([www.amerindiaenlared.org](http://www.amerindiaenlared.org)). Actualmente cursa el diplomado en Teología Latinoamericana en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Correo electrónico: taihupara@hotmail.com.

influyeron determinadamente en la praxis eclesial, en la doctrina social de la iglesia y en la transformación del sentido de la misión.

**Palabras claves:** Misión, Conquista Espiritual, Evangelización, Arteaga.

### Abstract

This article is a brief historical account of the missionary experiences of two Texas dioceses, Corpus Christi and Austin, between 1973 and 2001, accompanied by a pastoral-theological reflection in the light of Medellín (1968) and Puebla (1979) documents. These experiences took place in the context of the post-conciliar history of collaboration between the churches of North America and Latin America, in response to the call of Pope John XXIII. During the decade following the closure of the Vatican Council (1965), the increase in the number of European and North American missionaries in Latin America was remarkable. The socio-political, and religious reality of Latin America with the Cuban revolution, the movements for socialism, the struggle for human rights, the rise of the military regimes and autocratic governments had a decisive influence in the ecclesial praxis, in the social doctrine of the church, and on the transformation of the meaning of mission.

**Keywords:** Mission, Spiritual Conquest, Evangelization, Arteaga.

### Introducción

En 1973 la diócesis norteamericana de Corpus Christi, Texas-USA asumió la parroquia de la ciudad de Arteaga, en el estado norteamericano de Coahuila. En febrero de 1991 la diócesis de Austin Texas, tomó dicha parroquia, con el fin de dar continuidad al trabajo pastoral.

La finalidad de este estudio es conocer de cerca la experiencia misionera de esas dos diócesis del estado de Texas, sus motivaciones, la conceptualización y compromiso en la acción evangelizadora en una misión en México, en el contexto de la historia local y los grandes cambios del cristianismo en América Latina.

A partir de los años 60s, por las influencias de Medellín (1968) y Puebla (1979), se había tomado conciencia de que la acción por la justicia era parte integrante e indispensable de la misión evangelizadora<sup>2</sup>. También se busca contribuir a la reflexión sobre el alcance de la recepción de esos documentos episcopales.

Se ofrece una breve historia de las experiencias misioneras, especialmente de la recepción de Puebla en la práctica real o “aventuras misione-

<sup>2</sup> CELAM, *Documento de Puebla*, n. 1254, (en adelante, DP), [https://www.celam.org/doc\\_conferencias/Documento\\_Conclusivo\\_Puebla.pdf](https://www.celam.org/doc_conferencias/Documento_Conclusivo_Puebla.pdf), citado, 25 marzo 2021.

ras”, como la calificaron algunos de los mismos misioneros. Importa, en ese sentido, verificar de qué manera la labor pastoral de la parroquia de Arteaga se había vinculado al *Plan Diocesano de Pastoral (1989-1994)* de la Diócesis mexicana de Saltillo, de la cual geográficamente forma parte.

Las fuentes para este trabajo son orales y escritas. Las fuentes orales son entrevistas realizadas a los diversos agentes de pastoral, eclesiásticos (cura párroco y coadjutores del obispo de Austin), religiosas y laicos que trabajan en Austin, San Antonio y en Arteaga. Las fuentes escritas incluyen pequeños artículos publicados en los periódicos *Texas Gulf Catholic* y *South Texas Catholic* de las diócesis de Corpus Christi, y *Catholic Spirit* de la diócesis de Austin. Estos fueron escritos por los editores, misioneros y personas que habían visitado la parroquia de Arteaga. También se revisaron algunos materiales del archivo parroquial y publicaciones facilitadas por el párroco y por las hermanas Misioneras del Rosario de Fátima que compartían el trabajo pastoral.

Al final se hace una breve reflexión sobre el significado de esas dos experiencias misionológicas a partir de las recomendaciones del documento de Puebla, en particular en su cuarta parte, sobre la “Iglesia misionera al servicio de la evangelización en América Latina” y la “opción preferencial por los pobres”<sup>3</sup>.

## **1. Ubicación geográfica y síntesis histórica del pueblo de Arteaga**

El pueblo de Arteaga está ubicado en el sureste del estado de Coahuila, México, es cabecera del municipio del mismo nombre, se encuentra a 14 km de Saltillo y cerca de 700 km de la ciudad de Austin, Texas.

La región fue habitada antiguamente por los indios tlaxcaltecas, quienes fueron trasplantados en 1580 por conquistadores españoles a las tierras ocupadas por los indígenas huachichiles o guachichiles, liderados por don Buenaventura de Paz y don Joaquín de Velasco, quienes dieron por nombre al lugar San Isidro de las Palomas. Poco después, en 1608, irlandeses de apellido O’Davis, castellanizado a Udave, también se asentaron en la región.

<sup>3</sup> DP 1134-1165.

La historia de la evangelización, o de la llamada “conquista espiritual” de la región, no comenzó con la construcción de la primera capilla en 1790 sino poco más de dos siglos antes, con la derrota armada de los “gallardos, bárbaros, valientes” indios guachichiles, “siempre irreductibles”, que habían levantado grandes insurrecciones contra la Villa de Santiago del Saltillo entre los años de 1580 y 1586, encabezados por Cilaván y Zapalinamé, cuyos nombres, se quedaron inmortalizados en las sierras al sur de Arteaga.

De hecho, la conquista de los guachichiles, habitantes originales del actual territorio de Arteaga, se habría iniciado el 6 de mayo de 1575, por el Capitán Francisco de Urdiñola acompañado por indígenas tlaxcaltecas, primeros aliados de los españoles. Derrotados y perseguidos, los guachichiles “ofrecen paz”, aceptan vivir en “pueblos” y reducirse al cristianismo a condición de que “si se les daba carne, mantenimiento y ropa para sus familias”<sup>4</sup>.

La construcción de la primera capilla en Arteaga se llevó a cabo en 1790, por intervención y patrocinio de otro laico, el Sr. José González de Paredes, residente en la villa de Santiago del Saltillo y dueño de un rancho que era parte de la ya entonces llamada Hacienda San Isidro de las Palomas.

Hasta 1820 los servicios religiosos no fueron continuos en San Isidro. Solamente en los días de fiesta algún sacerdote regular o secular daría atención a la capilla, pero a partir de enero de ese año, con la indicación del primer capellán, Pr. Juan Gabriel Valdés, se regularizan las celebraciones de los sacramentos. El libro de Bautizo registra la primera recepción de ese sacramento el día 6 de enero de ese año por parte de un niño “indio”, procedente del rancho de Jamé, quien recibe el nombre de José Ascencio de León. El día 8 del mismo mes fue bautizada una niña mestiza (*coyota*), proveniente del rancho de San Antonio de las Alazanas, y recibe el nombre de María Concepción Cerecero. Conforme indica José de la Luz Valdés en su citada Monografía, la Hacienda de San Isidro de las Palomas era habitada en su mayoría por residentes “de origen español”, mientras que en los ranchos los habitantes eran de origen “indio” o *coyota*, conforme se desprende fácilmente del mismo libro de bautizo<sup>5</sup>.

Por razones históricas desde la época de la conquista y los largos conflictos que se siguieron, así como por motivo de distancia cultural y socioeconómica, puede don Luz Valdés afirmar que “por mucho tiempo, las familias de origen español, que poblaron la Hacienda de San Isidro de las

Palomas, permanecieron sin mezclarse con otra raza.<sup>6</sup> Un cierto sentimiento de orgullo de haber mantenido la “pureza” de la sangre española es perceptible aún hoy por visitantes como el que escribe estas líneas, en el centro de la municipalidad de Arteaga.

El 29 de diciembre de 1866, la “congregación de San Isidro de las Palomas” fue erigida en Villa con una municipalidad que se desprende de la de Saltillo. Esta nueva villa y municipio a partir de entonces lleva el nombre de Arteaga “para honrar la memoria del ilustre General José María Arteaga, hijo del estado de Aguascalientes, que, defendiendo los derechos y la dignidad de la Patria, murió en Uruapan a mano de los franco-traidores el día 22 de noviembre de 1865”.<sup>7</sup> Comprende la villa “la fábrica Dávila Hoyos y los ranchos de San Antonio de la Hosamenta, La Roja, Rancho Viejo, Álamo, Santa Cruz, Laguna de los Sánchez, San Isidro, San José, Purísima de San José, Tunal, Lirios, Jamé, Potrero de Abrego, Nuncio, San Antonio de las Alazanas, Santa Rica, Ciénegas, Zorrillo y el Huachichil”<sup>8</sup>.

A 10 de mayo de 1871 la parroquia de San Isidro es erigida canónicamente, quedando por su vez también independiente de la parroquia de Saltillo. El 30 de julio de 1929 asume “interinamente” la parroquia de San Isidro, el P. D. Rosendo Flores Muro Alatorre. De 1937 a 1973 P. Rosendo será el único cura párroco de San Isidro ayudado apenas en breves períodos por otros sacerdotes de la diócesis de Saltillo o algún religioso. Al jubilarse en 1973, con 81 años de edad (nacido el 15 de agosto de 1892) continuará viviendo en Arteaga hasta su muerte que ocurre 10 años después, el 13 de julio de 1983.

Actual mente es un municipio que cuenta con cerca de 54 poblados o “ranchos”, en el centro se encuentra la iglesia parroquial dedicada a San Isidro Labrador con una población de 18.907 habitantes, según estadísticas de 1995. En los demás ranchos vivían otras 20.000 personas. Los Llanos, Huachichil, Escobedo, El Tunal y San Antonio de las Alazanas son los poblados mayores, algunos con una población entre 1.000 a 1.500 personas, los demás en torno a 100 y 800 personas, se estima entre 10 y 100 familias. En total la población del municipio alcanzaba en 1995 el número de 40.000

<sup>6</sup> J. LUZ VALDÉS, *Monografía...*, 40.

<sup>7</sup> J. LUZ VALDÉS, *Monografía...*, 10, art. 4.

<sup>8</sup> J. LUZ VALDÉS, *Monografía...*, 10, art. 3.

habitantes, esparcidos en un territorio de 1.486 km<sup>2</sup>, conformado por altas montañas y verdes valles, perfecto “oasis” en las faldas de la sierra Madre<sup>9</sup>.

## **2. La llegada de los misioneros norteamericanos**

### **2.1. La experiencia de la diócesis de Corpus Christi**

En 1973, con la jubilación del P. Rosendo Flores, “viejo y venerado pastor”, la diócesis de Corpus Christi, Texas, asumió la parroquia de Arteaga luego de un acuerdo realizado entre el obispo de Saltillo, Mons. Francisco Villalobos Padilla, y el obispo de Corpus Christi, Mons. Thomas Drury. El P. Peter McNamara fue designado como el “primer párroco extranjero” acompañado del P. Michael Chilen, ambos “fluentes” en español. El P. Richard Shirley, director diocesano de la Sociedad para la Propagación de la Fe, fue el encargado de coordinar los esfuerzos de la diócesis para garantizar los recursos materiales necesarios para la misión. Entre las primeras determinaciones que se tomaron, se establecía que la segunda colecta del último domingo de enero, que era para la Iglesia en América Latina, pasaría a ser destinada exclusivamente en beneficio de la misión diocesana de la parroquia de San Isidro en Arteaga.

De ese modo comenzó para la diócesis de Corpus Christi una “*nueva aventura en México*”, en palabras del P. Noel Davis, último sacerdote de esa diócesis que ejerció su ministerio en Arteaga. Al despedirse de Arteaga en enero de 1991, el P. Davis dejó un texto de 6 páginas intitulado “Adiós Arteaga”. A pesar de ser breve, el texto es un valioso documento en el que el autor, por un lado, intenta transmitir el sentido del compromiso de la diócesis de Corpus Christi, tras un período de 17 de años de presencia, servicio pastoral, oración, ayuda espiritual y financiera, y de una experiencia de aprendizaje. Por otro lado, él evalúa los éxitos y fracasos.

Como contexto y justificación de esa *aventura*, el P. Davis señala dos motivaciones principales. La primera es la “respuesta generosa” que la diócesis deseaba dar al llamado del Papa Juan XXIII y del Concilio Vaticano II,

<sup>9</sup> Cf. TH. CHAMBERLAIN, *Entrevista (09-11.06.1995)*, Parroquia de Arteaga, Coahuila.

de ayudar la iglesia en los países más pobres. La segunda es el interés de la misma diócesis de adquirir experiencia de trabajo misionero en un país del extranjero, cosa de que no había tenido la oportunidad hasta entonces. “No habíamos viajado por este camino antes y esperábamos aprender durante la jornada misma”<sup>10</sup>.

Para realmente aprender de la experiencia adquirida, le pareció al P. Davis que valdría la pena evaluar debidamente esos 17 años de forma a ayudarles a dar un mejor servicio a la otra misión que la diócesis de Corpus había asumido recientemente, la de Ocampo, un pueblo ubicado en el desierto al norte del mismo estado de Coahuila. En su evaluación, el P. Davis deseaba “apenas contribuir con algunos *insights* y sugerencias”. Lo hace enumerando lo que considera “aspectos negativos” y concluye con una serie de aspectos que se encontrarían “del lado positivo” de la experiencia. Observar que el punto de referencia de su evaluación es la propia diócesis de Corpus Christi en su primer “experiencia misionera” en otro contexto lingüístico, cultural, histórico y eclesial. Tomar en cuenta esas sugerencias para el futuro sería importante para no “hacer sufrir desnecesariamente al pueblo”, recomienda, y al mismo tiempo evitar el sentimiento de frustración por parte de los sacerdotes y agentes de pastoral por lo general voluntarios, que también participaron.<sup>11</sup>

En orden inverso de como lo hace el P. Davis, presento abajo los aspectos que él consideró como positivos de esa experiencia, antes de los negativos.

## **Lo positivo de esa experiencia**

### ***a. La generosidad de los cristianos de Corpus Christi***

Como positivo considera de gran importancia la *generosidad* de todos los extranjeros, obispo, sacerdotes, religiosos y laicos que en esos 17 años apoyaron Arteaga con “su dinero, oraciones y sacrificios”, que supieron “compartir bienes materiales y espirituales con los pobres”<sup>12</sup>. El obispo de Corpus Christi, por muchas veces estimuló a su pueblo a ser generoso con

<sup>10</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, mimeo 6 pp. (Evaluación de 17 años de servicio pastoral (1973-1990) llevado a cabo por sacerdotes de la diócesis de Corpus Christi, Texas 1990), 1.

<sup>11</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 1-3.

<sup>12</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 5.

el pueblo necesitado de Arteaga, y trajo consigo grupos diocesanos, conformado normalmente por catequistas, jóvenes, profesionales de la salud (equipo médico, enfermeros/as, dentistas), para que tuvieran un contacto personal con los pobres.

Sin haber citado explícitamente, se trataba de la puesta en práctica de las recomendaciones de Puebla en cuanto al compromiso y solidaridad con los pobres, un servicio que a la vez exige conversión y purificación constantes para lograr una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres<sup>13</sup>.

Al mismo tiempo reconoce que sería unánime el sentimiento de todos esos extranjeros que sirvieron en Arteaga de que los pobres “nos dieron mucho más de lo que nosotros les dimos”, concretamente por “su apoyo, aceptación, tolerancia, paciencia, fe, esperanza y amor”.

### **b. Nuevos valores**

También habrían aprendido con el pueblo de México “nuevos valores”: el valor positivo de la pobreza, el valor de la comunidad, de la familia, del compartir, del sacrificio y el valor de la religiosidad popular, de cómo adorar a Dios no solo con nuestras mentes sino también con nuestros corazones y cuerpos ... valores que “no son nuevos para nosotros, pero ellos tienen una nueva expresión en México”<sup>14</sup>.

El “modo más simple de vida en México” les habría ayudado a redescubrir sus propios valores y necesidades básicas, “lo que es realmente importante en la vida” que no se encuentra en los bienes materiales ni en las “máquinas” sino en el “valor de las personas”<sup>15</sup>.

En la misma línea del reconocimiento del valor de la religiosidad popular descubrirían “el gran amor que tantos mexicanos tienen por la Madre de Dios: Nuestra Señora de Guadalupe, [...] fuente de admiración y alegría para nosotros que trabajamos en México”<sup>16</sup>.

### **c. Avances**

“A pesar de las limitaciones”, o sea, de los factores *negativos*, la Diócesis de Corpus Christi hizo avanzar (con relación a la situación anterior)

<sup>13</sup> Cf. DP 1140.

<sup>14</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 3.

<sup>15</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 3.

<sup>16</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 3.



el trabajo básico de la iglesia en Arteaga que, en síntesis, fue una obra de “evangelización”, de “santificación” y de “justicia social y caridad”.

El texto del P. Davis no se detiene mucho en exponer los detalles concretos de la evangelización y santificación, ni tampoco detalla las acciones en el campo de la justicia social y de la caridad, por lo que no queda muy claro el sentido y el alcance de esos “avances” en esa área.

Tampoco define muy claramente lo que entiende por “comunidades cristianas” que la diócesis habría ayudado a formar en Arteaga y sus entonces 42 ranchos. Los ejemplos de comunidades que da son los grupos como: Legión de María, la Escuela de la Cruz, el Coro, Catequistas, Jóvenes y Grupos Bíblicos que, en cada uno de los ranchos “atiende al trabajo de la Iglesia”, que “poco a poco están madurando”, y que “algunos de ellos están conscientes de que también son Iglesia”. Concluye, en cuanto a lo “positivo”, que “lo importante es que la Iglesia de Arteaga está viva y desea orar, servir y llevar adelante el trabajo de la Iglesia”. Como la Diócesis de Corpus Christi “ayudó a realizar eso”, se puede considerar que “nuestra presencia en Arteaga valió la pena”.

### **Lo negativo**

En cuanto al “lado negativo” de esa experiencia, el P. Noel Davis quiere indicar, en gran medida, lo que estuvo ausente y que debería de haber estado presente para que el trabajo hubiese sido más eficiente y se evitara cometer los errores que acaecieron. Tomar en cuenta esas sugerencias para el futuro de esa y de otras experiencias misioneras de diócesis norteamericanas, sería importante para no hacer sufrir desnecesariamente al pueblo y al mismo tiempo evitar el sentimiento de frustración por parte de los sacerdotes, religiosos, religiosas y demás agentes de pastoral.

### ***El “problema de la cultura”***

Como primer punto, el P. Noel Davis indica la insuficiente preparación para el trabajo de misión en un país extranjero, específicamente en cuanto a la necesidad de entender la cultura mexicana por parte de los sacerdotes que fueron enviados a Arteaga, generalmente “de forma voluntaria”, y no tanto por ser los más cualificados para la tarea.

Los dos únicos criterios para que un sacerdote se considere calificado para ir a Arteaga fueron: 1) hablar español o desear aprender el idioma y 2) fuera “normal” [¿psicológicamente?] y con salud. “¡Si un sacerdote podía

hablar español y mantenerse con salud comiendo comida mexicana, él haría un trabajo fructífero!”<sup>17</sup>.

Sin embargo, habían “dificultades mayores” que las del idioma, comida y salud física o psicológica; entre esas era la capacidad de “entender la cultura mexicana” y la necesidad de “ser conscientes de nuestros propios valores y prejuicios culturales tanto de los negativos como de los positivos”<sup>18</sup>.

Para remediar esa carencia era apropiado un curso de orientación en la cultura mexicana hubiera sido de mucho provecho, afirma en P Davis, porque “tarde o temprano le hacemos sufrir al pueblo”<sup>19</sup>. El ejemplo concreto que da de una falta de orientación proviene de su propia experiencia personal como sacerdote de origen irlandesa. Para los sacerdotes irlandeses, por ejemplo, asistir a la misa es una fuerte tradición de su cultura religiosa. Al llegar a México es fácil para él intentar imponer, y de manera hasta muy severa, esa costumbre en el pueblo mexicano y a juzgarlo como *bueno* o como *malo*, apenas por el hecho de si va o no a la misa<sup>20</sup>.

La falta de orientación en cuanto a la cultura, reflejaba en un trabajo pastoral de “poca eficacia” e incomprensible al pueblo como en el caso de algunas preparaciones presacramentales que “no les han ayudado a practicar su fe”. Esas charlas eran vistas más como un “obstáculo inevitable a superar” para poder recibir los sacramentos.

De hecho, para una pastoral centrada en la práctica de los sacramentos, los elementos de conflicto con la práctica religiosa del catolicismo popular tradicional se hacen presentes en la misma medida en que por carencia de conocimiento de la historia religiosa del pueblo en cuestión, se pretende imponer y controlar su fe, en nombre de una dudosa “formación” cuya finalidad es más bien la desapropiación de una fe tradicional sin ofrecer, en cambio, elementos para su propio crecimiento desde adentro, sin tener que destruir “lo viejo”. Pero lo que pasa es precisamente que la actitud del agente de pastoral tiende a disminuir la importancia y el vigor del catolicismo popular, y, bajo el pretexto de “evangelizar”, pretende primero destruir la base que la “primera evangelización” dejó en el alma del pueblo. Ante ellos el aconsejaba el P. Paddy Quinn al P. Noel Davis:

<sup>17</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 1.

<sup>18</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 1.

<sup>19</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 2.

<sup>20</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 2.

«No trabajes en un rancho por apenas un corto período de tiempo para dejarlo en seguida, porque vas a despertar en el pueblo un deseo por Dios y valores espirituales, etc... Cuando dejas [el pueblo], aquél hambre [de Dios] los llevará hacia los protestantes»<sup>21</sup>.

Tal afirmación revela, más bien, el poder destructor de la fe tradicional que trae el sacerdote al llegar a un “rancho”, sin ser capaz, en cambio, de construir, al mismo tiempo, nuevos “valores espirituales” y una suficiente madurez en el pueblo para seguir adelante sin el apoyo externo. La “nueva evangelización”, en ese caso, estaría debilitanda, en vez de ser un elemento de fortalecimiento de la fe popular. ¡De ahí el claro temor de ese celoso misionero, ante el trabajo incompleto que provoca la proliferación del protestantismo! Volveremos sobre este punto más adelante ya que ésta parece ser una preocupación de fondo no sólo de los sacerdotes de la diócesis de Corpus Christi sino también de los de la diócesis de Austin. Esta preocupación es compartida por el sector considerado “evangelizado” de los parroquianos de Arteaga.

Aún sobre la misma problemática de la “cultura”, recuerda el P. Davis que la atención pastoral de los mexicoamericanos en los Estados Unidos no es la misma que la de los mexicanos en México. Los mexicoamericanos viven el “modo de vida americano” y enriquecen ese modo de vida con una mezcla de ambas culturas y lenguas. Por otro lado, los mexicanos en México, viven un modo mexicano de vida con apenas su propia cultura y lengua. Al mismo tiempo, un sacerdote que haya trabajado con mexicoamericanos tendrá más facilidad para trabajar en México, aunque no sea lo mismo.

### ***b. La religiosidad popular***

En conexión con lo anterior, el P. Noel Davis es también enfático en reafirmar que, en los pasados 17 años, entre los aspectos consideramos poco eficientes del trabajo de la diócesis de Corpus Christi, fue la atención a la religiosidad popular: “nosotros no logramos entender integralmente la importancia de la religiosidad popular”<sup>22</sup>. Aunque haya tratado de esa cuestión entre los aspectos positivos como uno de los “valores” que el pue-

<sup>21</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 3.

<sup>22</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 2.

blo mexicano les ha ayudado a redescubrir, vuelve a tocar el tema en este espacio por reconocer la insuficiente atención prestada por los sacerdotes.

Su breve comentario sobre lo que se ha hecho para tomar en cuenta la religiosidad popular, parte de la observación del trabajo de algunos sacerdotes mexicanos de parroquias vecinas. Según él, esos párrocos se encuentran mucho más al tono con la religiosidad popular que los norteamericanos de Arteaga. En consecuencia “ellos dan una mayor importancia a procesiones, imágenes, estatuas, velas, decoraciones de la iglesia, cuna, *el niño dios*”<sup>23</sup>, etc.

Para el P. Davis, la diferente actitud frente a la religiosidad popular que hay entre sacerdotes mexicanos y norteamericanos se debe a que ellos practican una religión “más del corazón”, mientras que la religión europea y norteamericana está más centrada “en la cabeza”. Lo poco que “nosotros hemos intentado promover en Arteaga como la oración del rosario en las casas y en capillas” aún es insuficiente, considera.

Entre las expresiones de la religiosidad popular no hace ninguna referencia a las fiestas patronales, posadas, grupos de danza como de los matachines, devociones populares como la del niño Fidencio y otras que son nombradas en el Plan Pastoral Diocesano de Saltillo.

En cuanto a la postulación de que cabría a los sacerdotes “promover” la religiosidad popular, parece una contradicción, especialmente en el caso de que provengan de una cultura distinta y por el hecho de que su vinculación con las comunidades locales se limita a la breves visitas para la celebración de los sacramentos. La religiosidad popular se caracteriza por su independencia de la presencia y del estímulo de sacerdotes y en muchos casos inclusive de otros agentes de pastoral vinculados a la pastoral “oficial” de la iglesia. En muchos casos sacerdotes y religiosos no solo desconocen su importancia, sino que también la condenan como *ignorancia religiosa, superstición, fanatismo religioso* y hasta como *no católica*.

### **c. Integración con la iglesia local**

Otro aspecto negativo del trabajo de la diócesis de Corpus Christi, según el P. Noel Davis, ha sido la “falla en integrarse más plenamente a la iglesia

<sup>23</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 2.

local”<sup>24</sup>. De acuerdo a las enseñanzas del Vaticano II, argumenta, el obispo local es el representante de Cristo, el pastor del rebaño. Sacerdotes, hermanas y agentes de pastoral trabajan bajo su guía pastoral. En la práctica eso significa tomar parte en las reuniones de los sacerdotes del lugar, retiros y actividades religiosas, y realizar el plan diocesano en la parroquia. La facultad canónica para trabajar en Arteaga provino del obispo local, pero han sentido que el verdadero jefe se encontraba en Corpus Christi, no en Saltillo. En consecuencia, habían dado menor importancia a la Iglesia local en lo que se refiere a la pastoral de conjunto y a las prioridades de acción identificadas por el Plan Diocesano.

Eso se hacía especialmente claro en los reportajes publicados por el periódico diocesano, *South Texas Catholic*, el cual difícilmente hacía mención la iglesia local y su contribución al trabajo pastoral de Arteaga. Con todo, es muy importante relacionar los parroquianos a su iglesia local y su obispo, de manera a que puedan participar plenamente en las actividades diocesanas. Normalmente los fieles reciben a ambos obispos con el mismo cariño y hospitalidad, pero ellos deben saber que el cuidado pastoral proviene del obispo local. En síntesis, dice, deberíamos de haber visto Arteaga más como una misión de la Diócesis de Saltillo que de la diócesis de Corpus Christi, que, en todo caso, su función sería la de apenas colaborar con la iglesia local.

#### **d. Sentido de la presencia**

El último punto negativo que enumera y que puede explicar en buena parte la existencia de los demás, es lo que llama de “falta de una visión más clara del sentido de nuestra presencia en Arteaga” y, en consecuencia, de “una planeación a largo plazo”<sup>25</sup>. Los misioneros han llegado “con deseos de ayudar”, *willing to help*, pero sin preguntarse, por ejemplo, el:

“¿Por qué hemos venido? ¿Cuánto tiempo vamos a estar? Si el tiempo propuesto a quedar fuere limitado, ¿qué se podría lograr? ¿Fue buena la idea de cambiar de curas frecuentemente, con cada uno trayendo sus

<sup>24</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 4.

<sup>25</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 3.

propias ideas y planes? ¿Cómo influyó eso en la continuidad de la pastoral? ¿Produjo eso frustración en los grupos de la parroquia? ¿Fue una buena idea el abrir otra misión (la de Ocampo, región fronteriza en el desierto al norte del mismo estado de Coahuila) cuando teníamos recursos tan limitados? ¿No hubiera sido mejor concentrar en una misión y hacer bien el trabajo?»<sup>26</sup>.

Son todas preguntas legítimas, pero muchas veces consideradas incómodas. Se suelen evitar aquellas que pueden tener respuestas diversas y hasta conflictivas. Sin embargo, preguntarse por el sentido del compromiso asumido en favor de los pobres y de su desarrollo espiritual y material no es solo legítimo sino una necesidad constante. Como la realidad social, económica, política y también religiosa es una realidad dinámica y cambiante, las respuestas a las mismas nunca van a ser definitivas ni perfectas, así como también surgirán constantemente nuevas preguntas a las que tampoco se deberían de temer.

Por 17 años, reflexionó el P. Davis, sacerdotes de la diócesis de Corpus Christi dedicaron su tiempo principalmente para preparar a los fieles de la parroquia de Arteaga para recibir a los sacramentos. Detalla que muchas capillas fueron construidas, se desarrollaron programas de catequesis para los niños, las hermanas organizaron la Legión de María en muchos ranchos, creamos coros en 13 iglesias. En la mayoría de los ranchos había un grupo de personas comprometidas con la iglesia y se podía confiar en ellas. También teníamos cursillistas, miembros de la Escuela de la Cruz, ministros de la eucaristía, lectores en las misas, personas preparadas para realizar novenas, dar charlas presacramentales, etc. Sin embargo, todos esos grupos apostólicos estaban todavía dependientes de las hermanas y de los sacerdotes y no podían sobrevivir por su cuenta<sup>27</sup>.

“¿Qué hicimos que salió mal?”, se pregunta. “Si hubiéramos tenido claras metas al comenzar en 1973, esto no hubiera pasado”. La respuesta a esa pregunta parece encontrarla en la necesidad de concentrar en el trabajo de “evangelización” en la “formación de líderes”. Es importante “preparar líderes locales para evangelizar a grupos locales”, pero “eso no es fácil cuan-

<sup>26</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 3.

<sup>27</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 4.

do tanta gente busca la misa y los sacramentos y el tiempo es limitado”. Con todo “es esencial saber a qué estamos”, concluye. Ese “a qué estamos” o la “meta” que faltó tener en esos 17 años debería ser “dejar en cada rancho y ciudad, por lo menos un grupo cristiano de personas suficientemente maduras en la fe, en el conocimiento y en el amor de Dios, de modo a poder ser iglesia viviente en aquel lugar”<sup>28</sup>.

Ellos, los grupos de laicos, deberían de ser capaces de llevar adelante por su propia cuenta el trabajo básico de la iglesia en las áreas de evangelización, santificación y servicio social, aún si pueden tener apenas un mínimo contacto con la iglesia local, como es en el caso de la misión en el desierto (en Ocampo).

“... no quiero decir que nuestros grupos apostólicos deban trabajar independientemente del cura párroco. Hablo de los lugares donde no es posible a los sacerdotes y hermanas visitar constantemente”<sup>29</sup>.

Consciente de la necesidad de superar de una vez por todas una pastoral tradicional centrada en la sacramentalización que hacía aumentar la dependencia al clero, ya limitado en su número, el P. Noel llega a la conclusión de que urgía formar lo que se llamó “grupos cristianos de personas maduras” con “la capacidad para llevar adelante por propia cuenta el trabajo básico de la iglesia...”.

Se trataba de una propuesta “no fácil” de realizar en aquel momento histórico del catolicismo posconciliar ya marcado por la *vuelta a la gran disciplina*<sup>30</sup>, o sea, de retorno al clericalismo y al dogmatismo. Esa pastoral tendía a concebir a los laicos, e inclusive a las religiosas, apenas como ayudantes o *manos largas* del sacerdote, en permanente relación de dependencia de quien en última instancia detiene tanto el poder religioso como el administrativo.

La preocupación de fondo del P. Noel cuando analizaba la realidad de su parroquia, fue darse cuenta de que mientras no era posible para los sacerdotes y hermanas visitar constantemente a las comunidades, “los pro-

<sup>28</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 4.

<sup>29</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 4.

<sup>30</sup> J.B. LIBANIO, *A volta à grande disciplina*, 2<sup>a</sup>. ed., São Paulo, Loyola, 1984.

testantes tienen sus servicios religiosos una o dos veces a la semana”. En consecuencia, “ellos están gradualmente ganando nuestros católicos”. Y continúa:

“En esos ranchos, donde visitamos una vez al mes, o menos aún, el pueblo sobrevive con la religiosidad popular y con lo poco que les damos. La religiosidad popular no es suficientemente fuerte para sobrevivir el proselitismo de los protestantes con la Biblia en la mano. En algunos de nuestros ranchos más remotos las imágenes de la Virgen y de los Santos, están gradualmente desapareciendo de sus casas. No quiero sonar como un alarmista; no todo está perdido. Pero hay suficiente evidencia para mostrar que los protestantes están abriendo caminos. Igualmente, interesante es el hecho de que los protestantes tienen escuelas en algunos de los ranchos con el único objetivo de formar a sus líderes”<sup>31</sup>.

¡La Biblia en la mano y la formación de líderes “amenazaban” al catolicismo como religión hasta ahora predominante en Arteaga y sus ranchos! Para hacer frente al avance protestante, la estrategia de la iglesia para no perder a “sus católicos” debería ser la de aumentar, en lo posible, su presencia, y dedicarse a la capacitación de los laicos. El reducido número de sacerdotes ocupaba la mayor parte de su tiempo en llevar a cabo una pastoral de sacramentos. En ese contexto la “evangelización”, o, según una interpretación, la “doctrina”, quedaba, en gran parte, reducida a las “pláticas sacramentales” a cargo de las hermanas y de algunos laicos.

Si en el pasado la atención a los sacramentos y a las devociones populares eran consideradas suficientes, la “amenaza” protestante parecía indicar la necesidad de un nuevo perfil de catolicismo que fuera más invulnerable, o cuando menos más preparado para enfrentar el avance de las demás religiones, tanto cristianas como no-cristianas.

La evaluación del P. Davis señalaba que la diócesis de Corpus Christi había aprendido con esa experiencia. Su carta de despedida es, al mismo tiempo, un programa de acción, aunque una experiencia no sea transferible apenas con palabras y buenos consejos sino también con vivencias y humildad necesaria para aprender de los errores.

<sup>31</sup> N. DAVIS, “Adiós Arteaga”, 5.



## 2.2. La diócesis de Austin asume la parroquia de Arteaga como “su misión”

En 1987 se creó la diócesis de Austin, por iniciativa del obispo Mons. John McCarthy se creó un Consejo de Misiones con la finalidad de “elear la conciencia del llamado misionero universal, en la misma diócesis o en otra parte”<sup>32</sup>. Entre sus actividades, el Consejo ofrecía oportunidades para las parroquias de la diócesis de trabajar de una manera próxima con parroquias del tercer mundo y ayudar a las personas a ampliar su conocimiento de otras culturas, así como dar servicio para la *parroquia hermana*, como pasó a ser llamada la parroquia de San Isidro de Arteaga. La preocupación de ese Consejo sería la de estimular a los católicos del Centro de Texas y de San Isidro, a “crecer en su comprensión de la cultura y de la fe los unos a los otros”<sup>33</sup>.

Conforme relata Esperanza Tamez<sup>34</sup>, desde 1988 grupos de ocho a diez personas, agentes de pastoral de la diócesis de Austin – laicos, sacerdotes, religiosas y seminaristas – solían ir a la parroquia de Santo Tomás Moro, de la ciudad Guadalupe, suburbio de Monterrey, para una semana de “Curso de Inmersión”. Esos cursos, dados por militantes de la Acción Católica de la parroquia y de otros lugares, tenían como finalidad aprender sobre la historia de México, la situación económica, política, la religiosidad, los valores y costumbres del pueblo mexicano. En el período de las mañanas se tenían los cursos y por las tardes visitaban diferentes lugares y comunidades.

Trabajaba en esa parroquia de Santo Tomás Moro el P. Jack Keefe, un sacerdote de Austin perteneciente a la congregación de la Santa Cruz, a principios de 1990 se le sumó el P. Thomas Chamberlain, de la diócesis de Austin.

Ante el plan de la diócesis de Monterrey de abrir una nueva parroquia en esa misma región de la periferia de la ciudad, la diócesis de Austin pasó a considerar la posibilidad de asumir la responsabilidad con personal y financiamiento. Sin embargo, cuando el equipo del Consejo de Misiones

<sup>32</sup> DIOCESE OF AUSTIN, *Directory of the Diocese of Austin 1994-1995*, Austin 1995, F-2.

<sup>33</sup> DIOCESE OF AUSTIN, *Directory...*

<sup>34</sup> E. TAMEZ, *Entrevista (27.06.1995)*, Austin, Texas.

visitó el lugar, se dio cuenta de que debería primero realizar muchas construcciones de iglesia, capillas, casa parroquial, etc., y el obispo de Austin “tenía reservas” con relación a eso.

Mientras se consideraba la propuesta anterior, en agosto de 1989 se les comunicó que la diócesis de Corpus Christi planeaba dejar la parroquia de Arteaga de la diócesis de Saltillo, vecina a la de Monterrey. Inmediatamente, el equipo de Austin, que se encontraba acompañado por el P. Louis Pavlicek, coordinador del consejo de misiones, decidió ir a conocer la parroquia. De la visita, el equipo regresó a Texas con fotos y con muchos planes.

Al informarse de que se trataba de una experiencia positiva para la diócesis de Corpus Christi, se comenzaron las conversaciones entre las dos diócesis tejanas y el obispo de Saltillo, Mons. Francisco Villalobos. A principios de enero de 1991 el P. Thomas Chamberlain, que se encontraba hacía un año en Ciudad Guadalupe trabajando con el P. Jack Keefe, fue nombrado como el nuevo cura párroco de Arteaga y el 1 de febrero se tornó el primer sacerdote de la diócesis de Austin a asumir esa responsabilidad. Le acompañaba Esperanza Tamez, catequista laica, también de la diócesis de Austin, con larga experiencia en el ministerio pastoral hispano, exparticipante de los “cursos de inmersión” en Monterrey, y de los cursos de Renovación del Ministerio Pastoral (*Pastoral Renewal Ministry*) dado por el Mexican American Cultural Center (MACC) en San Antonio a mediados de los años 70.

En septiembre de 1992 llegaba el P. Enda McKenna, de la diócesis de San Antonio, con el plan de quedarse por tres años en Arteaga. El P. John Boiko, un segundo sacerdote de la diócesis de Austin, llegaría apenas hasta el mes de enero de 1994, con un plan para quedarse por dos años.

A ese nuevo equipo se sumó, a principio, el P. Noel Davis que había estado durante los últimos 8 años en Arteaga y John Coyne, sacerdote de Filadelfia, Pensilvania, religioso de la congregación de los Oblatos de San Francisco de Sales, quien había llegado hacía dos años atrás. El P. Coyne debería continuar en Arteaga por dos años más, pero hacia fines de 1992 debió regresar a Filadelfia por motivos de salud. El 15 de abril de 1995 murió de cáncer en Filadelfia.

El P. Davis, después de un mes de compartir con Thomas Chamberlain los aspectos administrativos de la parroquia y sus experiencias, regresó a su diócesis de Corpus Christi y a partir de entonces participó en el estable-

cimiento de la misión de Ocampo y se encontraba, en ese momento (1995), trabajando en la iglesia de San Agustín en Laredo, Texas<sup>35</sup>.

En mayo de 1995, el P. Enda McKenna regresa a San Antonio, Texas. Durante ese mismo mes regresaba también a Austin el P. John Boiko, que había quedado llegado a Arteaga hacía poco más de un año (enero 1994). Su problema de salud (diabetes) había empezado a agravarse y los médicos en Austin lo habían recomendado regresar para poder recibir un mejor tratamiento. En la entrevista, el P. Chamberlain reconoció que también por otros problemas más que el de su salud él “lo mandó” a que se fuera de Arteaga. Por su parte, la catequista laica, Esperanza Tamez, por dos veces renovó su compromiso con la parroquia, primero por seis meses, después por un año más. Al cumplirse los dos años en Arteaga prefirió regresarse también a Austin en enero de 1994<sup>36</sup>.

Hasta aquí fue el breve recuento del establecimiento del nuevo equipo de misioneros norteamericanos que habían asumido la parroquia de Arteaga al tiempo de nuestra visita. Es fácil de observar que aquellos primeros cinco años habían sido marcados por la inestabilidad. Los motivos, según las hermanas mexicanas, no se reducían apenas a problemas de salud o de incompatibilidad de carácter entre los mismos misioneros, sino talvez incluían otros, más difíciles de visibilizarse.

### **a. Motivaciones de ese emprendimiento**

El obispo John McCarthy desde 1986 ejerció un liderazgo misionero, evidente fue su preocupación por elevar la conciencia misionera y las responsabilidades de los católicos del Centro de Texas en relación a las necesidades de otras iglesias más allá de sus límites geográficos, El espíritu misionero fue una característica muy marcada de todo el periodo de su episcopado en Austin.

Para dar los primeros pasos en ese sentido, fue creado el Consejo Diocesano de Misiones (*Diocesan Mission Council*) en 1987. Este consejo, posteriormente conformado por 18 o 19 miembros, estaba dividido en tres comités: uno de misión en la propia diócesis (“*home mission*”), el otro de misión

<sup>35</sup> Cf. Entrevista a Esperanza Tamez 27.06.1995, Austin, Texas.

<sup>36</sup> Cf. Entrevista a Esperanza Tamez 27.06.1995, Austin, Texas.

al extranjero (“*mission abroad*”), y el tercero se encargaba de la educación y publicidad dentro de la diócesis<sup>37</sup>.

Para el obispo McCarthy la función del Consejo Diocesano de Misiones tenía un cloro objetivo: “profundizar la comprensión de la diócesis de Austin de la naturaleza misionera innata de la Iglesia; la responsabilidad fundamental de un individuo seguidor de Jesucristo de ser parte de ese impulso misionero, de esa responsabilidad misionera”<sup>38</sup>. Para él, Arteaga es, por supuesto, la “joya” de la responsabilidad misionera asumida por la diócesis, en sus palabras:

“representa un gran compromiso de la diócesis como diócesis, en términos de personal, asistencia a los voluntarios laicos, a las hermanas mexicanas y en términos de recursos financieros. Refleja también el reconocimiento de que nosotros, la familia humana, somos uno. A pesar de la diversidad de la diócesis, diversidad de la iglesia, somos uno. Podemos ser primos distantes, pero somos una familia. Una en nuestro origen y una en nuestra redención por la vida, muerte y resurrección de Jesús»<sup>39</sup>.

Según el P. Chamberlain, el objetivo de tener una misión fuera del país era:

“promover la idea de que todas las diócesis deben ser misioneras y tener personal en otras partes del mundo trabajando en educar a la gente de que debe ser misionera, de que todos somos misioneros”<sup>40</sup>.

A la hora de escoger en qué país debían “tener una misión”, se escogió México por la cercanía y para aprender su cultura.

«... le gustó (al obispo) la idea de México, porque está muy cerquita y hay mucha gente mexicana dentro de la diócesis de Austin. Por eso él buscó un lugar aquí en México para aprender más de la cultura mexicana para trabajar mejor con la gente mexicana [en el Centro de Texas]»<sup>41</sup>.

<sup>37</sup> L. PAVLICECK, L., *Entrevista 29.03.1995*, Round Rock, Texas.

<sup>38</sup> J. MCCARTHY, *Mission Awareness Conference 14.11.1994*, Pflugerville.

<sup>39</sup> L. PAVLICECK, L., *Entrevista...*

<sup>40</sup> TH. CHAMBERLAIN, *Entrevista...*

<sup>41</sup> TH. CHAMBERLAIN, *Entrevista...*

A parte de los motivos del obispo McCarthy, se tenía clara la idea del a formación.

«... el comité de misiones tuvo una idea de tener una base de capacitación aquí en México para todos los que trabajan con mexicanos y mexicanoamericanos, laicos, seminaristas, religiosos, sacerdotes, diáconos, para que vengan aquí a aprender el idioma, aprender las costumbres, la cultura, .... pasar un tiempo aquí de entrenamiento y regresar a la diócesis de Austin, para trabajar mejor con la gente latina e inmigrante allá. Por eso quiso el comité de misiones; es lo que le motivó al Consejo de Misiones también [establecer] una misión aquí».<sup>42</sup>

En síntesis era promover el espíritu misionero de los católicos de la diócesis de Austin; transmitir la idea de la unidad de la familia humana a pesar de la diversidad de culturas; de solidaridad entre los pueblos, en el sentido de la responsabilidad por el destino de la vida uno del otro, que sirva de antítesis a la relación de violencia y descompromiso entre los hermanos Caín y Abel<sup>43</sup> y tener una “base” de entrenamiento para los que trabajan en la diócesis con mexicanos y mexicanoamericanos. Estas serían las principales justificativas del “compromiso” asumido en 1991 por la diócesis de Austin con el pueblo de Arteaga.

Comentando sobre ese compromiso de la diócesis en Arteaga durante la “Conferencia de Concientización sobre las Misiones”, y la justificación teológica de ese involucramiento hacia el fortalecimiento de la “unidad (*bon-ding*) de un segmento de la familia humana, con otro segmento de la familia humana”, el obispo McCarthy se preguntaba: ¿Quién está beneficiando más de esta relación?”. Contesta él mismo, en seguida, de que: “¡No estoy seguro que es Arteaga!” Y prosigue su razonamiento sin detenerse en detalles:

«Yo creo que un gran argumento puede ser hecho de que la ampliación de la visión y de la sensibilidad sobre nuestra cultura e historia, junto a la profunda comprensión de la unidad de la familia humana. Esto se está realizando en los hombres y las mujeres que trabajaron en Arteaga

<sup>42</sup> TH. CHAMBERLAIN, *Entrevista...*

<sup>43</sup> Cf. J. MCCARTHY, *Mission Awareness Conference...*

y en los jóvenes que visitaron y en los que hemos recibido aquí (en Austin). Todas esas cosas son tremendos beneficios a la Iglesia del Centro de Texas. Quiero agradecer al Consejo de Misiones de una manera muy especial por eso”<sup>44</sup>.

El cuestionamiento del obispo McCarthy demuestra su preocupación ética de que esa relación fuera llevada a cabo en conformidad con los valores evangélicos de justicia y caridad, y que resultara en un crecimiento humano y espiritual mutuos.

### **3. Algunos testimonios de la labor apostólica**

A juzgar por lo anterior, debemos empezar por conocer los beneficios que recibiría Arteaga de esa “relación”. Más adelante veremos también los beneficios que según algunos ha traído o prometía traer a la Iglesia del centro de Texas.

#### ***3.1. El Plan pastoral de la Diócesis de Saltillo y su implementación en Arteaga***

Una de las autocríticas hechas ya por el P. Noel Davis en relación a la experiencia de la diócesis de Corpus Christi, fue la poca o insuficiente adhesión e integración de los sacerdotes norteamericanos al plan pastoral de la diócesis de Saltillo, diócesis local a la cual pertenece territorialmente Arteaga.

Si entre los objetivos de la misión se encuentra el de hacer crecer la iglesia local, ésta no se encuentra aislada de las demás iglesias particulares del estado de Coahuila, ni de México, ni tampoco del continente latinoamericano, que, especialmente durante las últimas décadas, ha vivido un período de intensa búsqueda de una identidad propia, más al tono con la idiosincrasia cultural y la historia política, económica y religiosa de los pueblos que la conforman.

El *Plan Diocesano de Pastoral 1989-1994*, seguía los consejos de Puebla de que:

<sup>44</sup> J. MCCARTHY, Mission Awareness Conference...

«la acción pastoral planificada [...] deberá realizarse en un proceso de participación en todos los niveles de las comunidades y personas interesadas, educándolas en la metodología de análisis de la realidad, para la reflexión sobre dicha realidad a partir del Evangelio; la opción por los objetivos y los medios más aptos y su uso más racional para la acción evangelizadora»<sup>45</sup>.

Con la intención de seguir esos consejos, ese plan pastoral tomaba en cuenta, como punto de partida, un “marco referencial” que incluía un “marco histórico”, un “marco de la realidad social” y un “marco doctrinal”. Aunque su marco histórico se limitaba a una breve cronología de la diócesis desde su erección en 1891, el marco de la realidad social era más amplio, e incluía los aspectos económico, político, cultural y el religioso no-católico. Era el marco que pretendía ofrecer el punto de partida de la planificación pastoral de la diócesis.

“Cualquier planteamiento, cualquier estrategia de planeación y trabajo, tiene que ser motivada y provocada por las condiciones que contradicen con frecuencia esa realidad social. Porque ahí está la vida y las causas y raíces de todo proceso social. Ahí está el escándalo de la creciente brecha entre los ricos y pobres (PB 28) y los rostros concretos de Cristo en los niños, jóvenes, campesinos, indígenas, etc.”<sup>46</sup>.

A estos marcos, se seguían en una segunda sección, los específicos de la Realidad Pastoral de la Diócesis de Saltillo donde, la Familia, las Comunidades Eclesiales de Base y la Parroquia aparecían como espacios privilegiados entre los “niveles de Iglesia” junto al de “Foranía”, éste destinado a integrar eclesialmente a sacerdotes, religiosas y laicos a través de mayor comunicación entre las diferentes parroquias a nivel de los grupos de pastoral.

Más adelante el Plan Diocesano, al realizar el Diagnóstico Pastoral entendido como el “momento de discernimiento cristiano, o sea, la búsqueda comunitaria de la voluntad de Dios sobre nuestra Diócesis de Saltillo a

<sup>45</sup> DP 1307. Cf. DIÓCESIS DE SALTILLO, *Plan Diocesano de Pastoral. 1989-1994*, Saltillo 1989, 3, 15, 34.

<sup>46</sup> DP 31-39; DIÓCESIS DE SALTILLO, *Plan Diocesano...*, 15.

partir de los signos de los tiempos”<sup>47</sup>, las Comunidades Eclesiales de Base, como “nueva manera de ser Iglesia uniendo fe y vida”, como “opción preferencial por los pobres” y como “descubrimiento de Dios en personas y acontecimientos”, aparecen nuevamente junto a la Familia y las Parroquias entre los principales niveles de Iglesia. En esa misma unidad, al determinar las “urgencias pastorales”, el Diagnóstico Pastoral identifica entre las carencias relativas a las CEBs la falta de orientación sobre lo que son esas Comunidades; la falta de consciencia de que las CEBs son nivel de Iglesia; y la necesidad de promover una actitud de fidelidad al magisterio en esas Comunidades (74). Como “ideas fuerza que ilumina el marco doctrinal”, cita los números 641 y 648 del documento de Puebla que explican lo que son las CEBs y cómo los pastores las quieren promover, orientar y acompañar, según el espíritu de Medellín y la *Evangelii Nuntiandi*<sup>48</sup>.

Por su parte, al hacer su propia planificación, la parroquia de Arteaga privilegió el aspecto cultural, dejando en segundo plano lo económico, lo político y lo “religioso no católico”. Además, la lectura que hacía de lo “cultural” no coincidía con la lectura del Plan Diocesano para la región, sino que se restringía a lo que según su interpretación “distinguía” a los mexicanos de los norteamericanos en una serie de oposiciones como las que siguen: la vida “sencilla” y de pocos recursos de los mexicanos, versus la vida “compleja” de muchos estímulos al consumo de los norteamericanos; la fe “del corazón” de los primeros versus la fe “racional” de los segundos; etc.

### **3.2. La diócesis de Austin también dice su “Adiós a Arteaga”**

El inicio del nuevo milenio coincidió con la posesión de Mons. José Raúl Vera López, OP como nuevo obispo de la Diócesis de Saltillo el 19 de marzo del 2000, y el término del episcopado de John E. McCarthy al frente de la Diócesis de Austin, quien el 2 de enero del 2001, fue sustituido por Gregory M. Aymond, de orientación teológica y pastoral más conservadora que su antecesor.

En julio de 1997, el P. Pedro García-Ramírez, un sacerdote de la dió-

<sup>47</sup> DIÓCESIS DE SALTILLO, *Plan Diocesano...*, 67-68.

<sup>48</sup> PABLO VI, *Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi*, n. 58. Disponible en: [http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/apost\\_exhortations/documents/hf\\_p-vi\\_exh\\_19751208\\_evangelii-nuntiandi.html](http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi.html), citado 23 de abril 2020



cesis de Austin de origen mexicano, que había realizado sus estudios de teología en Santa Fe, Nuevo México y en San Antonio Texas, había asumido la dirección de la parroquia San Isidro Labrador de Arteaga. Le hizo la invitación el obispo McCarthy para reemplazar al P. Chamberlain, P. Pedro me comentó en la entrevista, que con alegría aceptó la oportunidad que le ofrecía de ejercer el ministerio entre sus connacionales en una comunidad de México<sup>49</sup>. Él estuvo al frente de esa misión en carácter de interino por tres años y medio, hasta el mes de marzo del 2001, cuando debió regresar a Texas para no perder su status migratorio de residente inmigrante en los EUA. En ese periodo daba atención pastoral a seis de los 51 ranchos que en ese entonces ya contaba la parroquia, siendo los demás atendidos por otros sacerdotes de la diócesis de Saltillo.

Desde Austin el P. Pedro mantuvo contacto indirecto con Arteaga como “párroco ausente” hasta el mes de julio de ese mismo año de 2001, mientras se buscaba en la diócesis otro sacerdote para sustituirlo de forma definitiva. Como ningún sacerdote contestó positivamente a la solicitud de su nuevo obispo Mons. Gregory Aymond. Por esas fechas, en una reunión realizada en Austin reunido él con Mons. Raúl Vera y acompañados por el obispo emérito McCarthy, acordaron que la diócesis de Austin devolvía formalmente la misión Arteaga a la diócesis de Saltillo.

Según el P. Pedro no se realizó ninguna evaluación oficial o extraoficial por parte de la Diócesis de Austin del tiempo de su *aventura misionera* de 10 años en Arteaga, Coahuila. Tampoco dejó ningún escrito el último párroco de la diócesis de Austin, como había hecho anteriormente el P. Noel Davis. Posiblemente él no creía que su regreso a Texas, por motivos migratorios personales, significaría el fin de esa experiencia misionera de la diócesis en esa localidad.

<sup>49</sup> P. GARCÍA-RAMÍREZ, *Entrevista telefónica (22.12.2020)*, Austin, Texas 2020.

#### 4. A modo de Conclusión

El Concilio Vaticano II, por lo menos a través de dos de sus documentos, volvió a poner en el centro, o en el “corazón” de la Iglesia, la actividad misionera. Por primera vez en la historia de la iglesia,<sup>50</sup> aparece en *Lumen Gentium* la expresión de que la iglesia es “por naturaleza misionera”<sup>51</sup>. Además, a través del decreto *Ad gentes*, el Concilio “delinea los principios de la actividad misional” y recuerda que ser misionera es una exigencia radical para que la iglesia pueda ser “sacramento universal de salvación”<sup>52</sup>.

Por su vez, en América Latina, los documentos de Medellín y Puebla como recepciones del Concilio en este continente, identificaban a los pobres como “merecedores de una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentran”, porque, “hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aún escarnecida”. Por ese motivo, como primeros destinatarios que son de la misión, es el mismo Dios quien “toma su defensa y los ama ... y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús”<sup>53</sup>.

Por elección del episcopado mexicano, el quinto obispo de Saltillo, Don Francisco Villalobos Padilla, que se encontraba al frente de la Diócesis desde 1975, había participado de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla. Era natural para él que a la distancia de diez años de Puebla y a las vísperas de la celebración del Quinto Centenario del cristianismo en las Américas, el *Plan Diocesano de Pastoral 1989-1994* de la Diócesis de Saltillo, siguiera de cerca la metodología y recomendaciones de Medellín y de Puebla. Los obispos en Puebla habían recomendado que, para hacer más efectiva la opción preferencial por los pobres, también se hiciera una “opción por una Pastoral Planificada” para responder “específica, consciente e intencionalmente, a las necesidades de la evangelización”<sup>54</sup>. Esa planificación pastoral debería partir de la realidad social y, además de identificar a los rostros concretos de Cristo en los niños, jóvenes, campesinos, indígenas<sup>55</sup> fuera capaz de, desde el evangelio, desenmascarar el pecado estruc-

<sup>50</sup> W. BÜLHMANN, “Missionary Spirituality”, en: P. FLANAGAN (ed.), *A New Missionary Era*, Orbis Books, New York 1979, 113-118. Aquí, 113.

<sup>51</sup> LG 1.

<sup>52</sup> AG 1.

<sup>53</sup> DP 1142.

<sup>54</sup> DP 1307; DIÓCESIS DE SALTILLO, *Plan Diocesano...*1, 3.

<sup>55</sup> DP 31-39; DIÓCESIS DE SALTILLO, *Plan Diocesano...* 25, 15.

tural en la sociedad y en la iglesia, “para que, al construir todos juntos ese nuevo proyecto de Iglesia-comunidad, seamos, en una sociedad dividida y desigual, un signo de comunión y participación, de justicia, servicio y amor.”<sup>56</sup>

Cuando el P. Noel Davis, último sacerdote de la diócesis de Corpus Christi en Arteaga se preparaba para despedirse, le parecía estar dejando una misión inconclusa, “un trabajo hecho por la mitad”, escribió, “como si hubieran pintado apenas dos paredes de mi cuarto”. Esto, para él, no sucedería si hubiera habido planes de una misión a largo plazo, con claridad del sentido de la presencia de esos sacerdotes, religiosos, laicos, etc. en esa región, con más preparación de los sacerdotes que se desplazarían a la misión, y superado el criterio apenas del voluntarismo para el envío de personal.

En las dos “aventuras” misiológicas de esas diócesis texanas en Arteaga, que a su manera desearon responder al llamado misionero posconciliar, quizás una de las razones que colaboraron al abandono, en su momento, del compromiso asumido con la diócesis de Saltillo haya sido precisamente el poco vínculo con la diócesis local y su Plan de Pastoral, uno de los factores negativos, o insuficientes, ya identificado por el P. Davis en su evaluación.

Al final de su experiencia misionera, el “lugar” desde donde realizaba el análisis autocrítico se había desplazado. La diócesis norteamericana podía dar por concluida “su misión”, porque ya había recibido todo lo que esperaba recibir. Había sido una “experiencia positiva”.

La intervención desde “fuera” no había dado los frutos que podría haber dado, conforme la evaluación del P. Davis. Lo que se había creado, con raras excepciones, eran cristianos dependientes, sea del sacerdote o de la religiosa, que a su ausencia no podrían llevar adelante por propia cuenta sus comunidades locales y caerían fácilmente víctimas de la superstición religiosa o del fundamentalismo de las sectas evangélicas, protestantes y pentecostales “icon sus Biblias en las manos!”.

<sup>56</sup> DP 273; DIÓCESIS DE SALTILLO, *Plan Diocesano...*, 34.

## Bibliografía

- BÜLHMANN, W., "Missionary Spirituality", en: Flanagan, P. (ed.), *A New Missionary Era*, Orbis Books, New York 1979, 113-118.
- CELAM, *Documento de Puebla*, en: [https://www.celam.org/doc\\_conferencias/Documento\\_Conclusivo\\_Puebla.pdf](https://www.celam.org/doc_conferencias/Documento_Conclusivo_Puebla.pdf), 25 marzo 2021.
- CHAMBERLAIN, Th., *Mission Awareness Conference (19.11.1994)*, Pflugerville, 1994.
- DAVIS, N., "Adios Arteaga". Evaluación de 17 años de servicio pastoral (1973-1990) realizado por sacerdotes de la diócesis de Corpus Christi, Texas, 1990.
- DIOCESE OF AUSTIN, *DIRECTORY OF THE DIOCESE OF AUSTIN 1994-1995*, Austin 1995.
- DIÓCESIS DE SALTILLO, *Plan Diocesano de Pastoral*. 1989-1994, Saltillo 1989.
- GUTIÉRREZ, N., *Mission Awareness Conference (19.11.1994)*, Pflugerville, 1994.
- LIBANIO, J.B., *A volta à grande disciplina*, 2ª. ed., São Paulo, Loyola, 1984.
- LUZ VALDÉS, J., *Monografía del Municipio de Arteaga*, Coahuila. 1866-1966, Saltillo, 1966.
- McCarthy, J., *Mission Awareness Conference 14.11.1994*, Pflugerville, 1994.
- Pablo VI, *Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi*, en: [http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/apost\\_exhortations/documents/hf\\_pvi\\_exh\\_19751208\\_evangelii-nuntiandi.html](http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/apost_exhortations/documents/hf_pvi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi.html), citado 23 de abril 2020.

## Entrevistas

- Chamberlain, Th., *Entrevista (09-11.06.1995)*, Arteaga, Coahuila, 1995.
- García-Ramírez, P., *Entrevista telefónica (22.12.2020)*, Austin, Texas, 2020.
- Pavliceck, L., *Entrevista 29.03.1995*, Round Rock, Texas.
- Tamez, E., *Entrevista (27.06.1995)*, Austin, Texas.